

Una red mundial de oración y servicio atenta a las necesidades de la humanidad

Entrada desde la perspectiva de la Fe



Somos una red para la misión

La Red Mundial de Oración del Papa es parte de la Iglesia, es una obra pontificia al servicio de la misión de la Iglesia. En este sentido somos un cuerpo que adopta la configuración de una red y somos parte de un cuerpo mayor que es la Iglesia. Para poder entendernos como cuerpo y parte de una comunidad mayor entremos en algunos rasgos que delimitan el espíritu de esta pertenencia. Jesús no actuó solo, buscó hombres y mujeres, los formó y

se hizo ayudar por ellos para hacer posible el anuncio del Reino del Dios. Esta comunidad de los primeros vino a entender aquello a lo que habían sido llamados con la venida del Espíritu Santo que les fue derramado como Iglesia. Recién allí tomaron la posta que les había dejado el Maestro. A esta Iglesia que comprende el mensaje de Jesús por acción del Espíritu Santo está ligado el misterioso Plan de Dios de hacernos sus colaboradores. No hay

Jesucristo Salvador sin Iglesia de colaboradores, son un único sueño del Padre, ambas realidades son inseparables en el misterio de la salvación. El Padre envía a su Hijo, y Él envía a su Iglesia de discípulos colaboradores en Su misión. Somos un cuerpo sólidamente unido en Cristo Jesús.

Y hablar de Iglesia de discípulos es hablar también de carismas y diversidad. El cuerpo - Iglesia sostiene en su interior la diversidad de carismas como manifestación de la gracia del Espíritu de Jesús que la anima. "Hay diversidad de carismas, pero un mismo Espíritu; diversidad de ministerio, pero un mismo Señor, diversidad de actuaciones, pero un mismo Dios que obra todo en todos. A cada cual se le otorga la manifestación del Espíritu para provecho común" (Primera Carta a los Corintios cap.12, 4-7). Así todos formamos un solo cuerpo en Cristo que es la cabeza."



"El cuerpo humano, aunque tiene muchos miembros, es uno; es decir todos los miembros del cuerpo, no obstante su pluralidad, forman un solo cuerpo. Pues así también es Cristo. Pues hemos sido todos bautizados en un solo Espíritu, para no formar más que un cuerpo entre todos: judíos y griegos, esclavos y libres. Y todos hemos bebido de un solo Espíritu (Primera Carta a los Corintios cap. 12,12-13).

En su diversidad la Iglesia tiene entonces una unidad interna, diversos carismas, funciones y una cabeza que presta un servicio de gobierno, el Papa representante de Cristo en la tierra. Esto no significa que la Iglesia sea sólo la jerarquía, como dice San Pablo la Iglesia es el cuerpo diferenciado y jerarquizado.

No perdamos de vista que la gracia del Señor sólo opera en lo concreto, se hace visible a través de signos sensibles. Es decir que la Iglesia tiene una realidad encarnatoria, a través de hombres y mujeres reales que actúan en ellas en circunstancias de tiempo y lugares concretos. Siendo esto así, la ambigüedad y la fragilidad son propias de su existencia. En ella hay pecado pues lo hay en los hombres que en ella actúan. Por eso la Iglesia, el Cuerpo que colabora en la misión de Cristo siempre está necesitada de conversión.

Hemos de cuidar la vida y la unidad del cuerpo. Hemos de poner siempre en práctica la lucidez racional y el amor a la verdad, que no es lo mismo que acusar los males y las fragilidades del cuerpo. La actitud acusatoria o divisoria es típica de Satán. Si es necesario hacer una crítica hemos de tener en cuenta que ha de haber mayor bien en hablar que en callar, hemos de evitar el escándalo y con nuestras palabras aumentar las habladurías. Hemos de hablar en modo y tiempo oportunos y a quien pueda remediar el mal que denunciemos. Una crítica indiscriminada o hecha de un modo inconveniente, aunque sea justa hace mal al mismo que critica. No se trata de ocultar sino de construir, de cuidar la unidad y proveer la armonía y la paz. Los miembros más débiles deben ser ayudados y corregidos, nunca descartados ni consentidos. Nos dice San Pablo: "Pensemos que los miembros del cuerpo que consideramos más débiles son indispensables; y que solemos cubrir con mayor dignidad a los que nos parecen más viles. Así, a nuestras partes menos honrosas las vestimos con mayor recato, pues nuestras partes menos honrosas no lo necesitan. Dios ha formado el cuerpo dando más honor a los cuerpos que carecían de él, para que no hubiera división alguna en el cuerpo, sino que todos los miembros se preocuparan lo mismo los unos de los otros. Si sufre un miembro, todos los demás sufren con él; si un miembro es honrado, todos los demás toman parte de su alegría" (Primera Carta a los Corintios cap. 12, 22-26).

La Iglesia es cuerpo, es comunidad y es comunión. Ella es un pueblo donde todos estamos llamados a la santidad y a participar de la misma vocación que nos da el bautismo. Hoy más que nunca el laico es Iglesia en el más pleno sentido de la palabra y está llamado a una santidad radical como cualquier religioso o sacerdote en este cuerpo para la misión.

Esta Iglesia, cuerpo, red para la misión debe estar abierta al mundo y comprometida con los desafíos de la humanidad. La Iglesia no es iglesia para sí misma sino para el mundo, nosotros nos somos un cuerpo – red para nosotros mismos sino para servir y amar a nuestros hermanos, especialmente los más vulnerables. En este sentido las comunidades que son parte de un cuerpo deben estar abiertas al intercambio, a salir y a acoger, a dar y a recibir, a entrar en reciprocidad con el contexto, a quedar inmersas en medio de la realidad cotidiana, aunque esto las hiera. Pues como nos dice el Papa Francisco "Prefiero una Iglesia accidentada, herida y manchada por salir a la calle, antes que una Iglesia enferma por el encierro y la comodidad de aferrarse a las propias seguridades" (Evangelii Gaudium nº 49).

Somos llamados a ser una red para la misión, unidos en el Corazón de Cristo, cuidando la unidad y paz, en permanente actitud de conversión, en salida y abierta a las necesidades de hombres y mujeres que sufren.